

“De la fértil Arabia al fin llegamos
Al territorio, cuyo rey, presente
Se encuentra aquí. La cúspide tocamos,
Del pasmo en ella. ¡El signo sorprendente
Hablabá ahí también! Nos estrechamos
Los tres hermanos; y concordemente,
Rebosando de insólita alegría,
Aquí llegamos por la misma vía.”

Calló Melchor; y luego en pie se puso
El Idumeo, y, al zenit irguiendo
Ambas sus manos exclamo confuso,
Un ímpetu de júbilo fingiendo:
“¡Cumpliste oh cielo al fin! Yo no rehusó
Tu voz oír ¡Cumpliste! Ya comprendo
Que vosotros, dinastas orientales,
Los más dichosos sois de los mortales.

“Sólo os suplico, y con ardor os ruego,
Que me asociéis á vuestra gran ventura:
Buscad á mi Señor, y envidadme luego
La embajada más fiel y más segura.
También yo siento ese sagrado fuego;
Yo anhelo al soberano de la altura
Obsequio y reverencia tributarle,
Y, rendido á sus plantas, adorarle.

“Mas ya la noche, al declimar, mitiga
Su silencioso vuelo; aquí, entretanto,
Podréis dar una tregua á la fatiga,
Y reparar vuestro mortal quebranto:
Os brindan estos lares sombra amiga,
Mientras de nuevo os llame el cielo santo.”
Un momento después, todo dormía;
Sólo el rey en sus tramas se envolvía.

Sobre un lecho de tul se incorporaba
La soñolienta aurora y, sin vestido,
Sin aliñarse, tímida asomaba,
Al oír el lejano resoplido
De los monstruos que Febo ya enganchaba:
Cuando el regio convoy se ha despedido
De la corte, y con nueva incertidumbre,
El signo espera en la azulada cumbre.

Mas apenas dejaron los bastiones
De la ilustre Salén, cuando la estrella
Otra vez en las nitidas regiones
Apareció resplandeciente y bella.
Nuevos vítores, nuevas emociones
La saludaron entusiastas; ella,
Con la voz de su brillo peregrino,
Los va guiando gentil por un camino,

Que, de ruinas modestas marginado,
Por herbosas colinas serpentea
Hasta tocar la falda de un collado
En cuya cima desigual campea,
A través del follaje mal peinado,
Humilde caserío que pardea
Entre rocas tajadas, cual sillares:
¿Serán estos, quizá, mezquinos lares,

Los que el rey del olimpo escogería
Para fijar su corte y su palacio,
Según lo que en Salén se discutía?"
Mas sin cortar su vuelo en el espacio
El astro á la pregunta respondía.
Era su núcleo rojo cual topacio;
Y, tintas y cambiantes reforzando,
Suavemente su vuelo fué sesgando,

Hasta que lento y plácido posose
Sobre una gruta abierta entre la peña:
Onduló un poco aún . . . desvaneciöse.
La metálica trompa dió la seña;
La noble caravana estremeciöse,
La turbación y el gozo la domeña,
Y, con mirada escrutadora y viva,
Examina la extraña perspectiva.

Mas de nuevo la hirió rayo divino,
Y entonces con más fuego vitorean
Al gran rey del alcázar diamantino.
Los ardientes bridones escarcean,
Tascando el áureo freno marfilino,
Los elefantes mismos gallardean,
Y sus sonoros bélicos berridos
Suenan con mil relinchos confundidos.

¡Genios de los espacios! ¡invencibles
Atlantes que impulsáis con vuestras alas
Los moles del empíreo incorruptibles,
Y las vestís de luminosas galas!
¡Espíritus excelsos, intangibles,
Que de los siglos no sentís las talas,
Y guíais al mortal por los caminos
De sus firmes, inmóviles destinos!

Vosotros que ajustáis á la armonía,
Al ritmo eterno de la eterna Mente
El gigante cantar que noche y día
Entona el orbe al Ser omnipotente;
Que templáis en la etérea melodía
La férvida salmodia diligente
En que la Esposa sus suspiros lleva,
Y hasta el etéreo tálamo se eleva.

Vosotros, que los cantos y gemidos
Del justo recogéis, y en espirales
Del incienso más puro convertidos,
Los trocáis en fecundos manantiales.
Venid á celebrar, aquí reunidos,
Con amorosos cánticos nupciales,
Los desposorios de la estirpe humana
Con la misma grandeza soberana.

Ya la increada Verdad, con sus fulgores
En la mente del hombre reverbera,
Y la colma de espléndidos honores;
Despierta ya la humanidad entera;
La fecunda el Amor con sus amores,
Y la hace palpar por vez primera:
Y ella, al sentir insólitas caricias,
Brinda de amor y fe nobles primicias.

En el sublime epitalamio hermoso
Que entonéis en dulcísimos cantares,
Consignad á los siglos el glorioso
Nombre de aquestos sabios singulares.
Que, dóciles á un signo misterioso,
Abandonaron sus remotos lares,
Y, preferidos al linaje hebreo,
El mensaje trajeron de himeneo.

Vosotros explicad las relaciones,
Los símbolos y emblemas que escondían
Esas preseas y peregrinos dones
Que ante el Dios humanado se exhibían,
Como ofrenda nupcial de las naciones
Que allí representadas acudían:
Pues al mirar las ondas verdegueando,
Viro de bordo ya, voy amainando.

Rige el timón aún, y tú gobierna
Las últimas maniobras, oh María,
Que el néctar bebes en la fuente eterna.

En el silencio de la noche fría,
Bello doncel de la región superna
Miro bajar hacia la gruta umbría,
A cuya sombra, el sueño más traquilo
Duermen los reyes, en tan dulce asilo.

El ángel hiere de Melchor el flanco,
Y amable le dirige estos acentos:
“¡Pléyade noble con quien fué tan franco
El alto cielo en signos portentosos!
¡Oh! no volváis al rey, seréis el blanco,
La mira de sus ímpetus violentos.
¿Quién osará tocar al león que ruge,
Y en cuyas fauces triturado cruge

“Un tierno corderillo? El, impaciente
Está por saborear su atroz venganza
En la sangre del Párvulo inocente;
Ya le extiende la garra, ya lo afianza.
Cansado de esperar inútilmente,
Va á ordenar la más hórrida matanza.
¡Oigo á Raquel que inconsolable llora,
A sus hijuelos que ese león devora!

“Gemidos de dolor, lúgubres ayes
Suenan en Rama; corre por doquiera,
Inundando las plazas y las calles
El más puro cruor que se virtiera.
Parece que los montes y los valles
Esmaltó la púrpurea primavera
De claveles y rojos alelís,
De anémonas y rosas carmesís.

“Palpitantes despojos infantiles
Miro en haces sangrientos esparcidos,
Y sin rumbo girar, entre febriles
Espasmos y estridentes alaridos
Las tristes madres. Uno ó dos abrils
Sus tiernecicos partos, tan queridos,
Habían visto, no más, cuando el tirano
De su pecho arancólos inhumano.

“El pequeñuelo rey, el Dios infante
Recogerá tan primorosas flores,
Y su primer corona rutilante
Formará con sus galas y colores,
Y en el eterno Edén, siempre fragante,
Las ceñirá de eternos resplandores:
¡Muriendo vivireis! vuestra victoria,
Será del Niño la temprana gloria.

“Sólo él en la feroz carnificina
No será envuelto; burlará al tirano
Por más que ruja en su crueldad ferina:
¡Prófugo, buscará país lejano!”
Así hablando, á la esfera cristalina
Remóntase el celeste cortesano.
El regreso de la alba placentera
La turba benémerita no espera.

Corceles enjaezando y dromedarios,
Para la marcha alistan presurosos
Los pertrechos y arreos necesarios;
Y por otros senderos silenciosos,
A las miras tiránicas contrarios,
A su patria regresan cautelosos.
¡Oh! vivid para siempre en la memoria
De las naciones con eterna gloria!

Ya cuatro veces el fanal del día
Sobre el orbe diez giros ha trazado,
Desde la virgen púdica, María,
Al Niño auras vivíficas ha dado:
Y ya el tiempo preciso se cumplía
De que fuera ante el ara presentado;
Y que la Madre los lustrales ritos
En sí aplicara, por la ley prescritos.

El gran Legislador de las naciones
Al peso de la ley se doblegaba,
Y por tanto, legales expiaciones
La siempre virgen Madre no rehusaba,
Más pura que las célicas legiones.
Un preludio de triunfo preparaba
El Pabre Sempiterno á su Hijo augusto
Al cumplirse el legal rito vetusto.

En medio de un cortejo majestuoso,
Entre pompa magnífica esplendente,
Debía ser recibido el Poderoso
El gran Dominador, el prominente,
Incansable Pontífice, y glorioso,
Entrar en posesión eternamente
De su propio santuario, y, asimismo,
Abolir el antiguo simbolismo.

Otra vez descendamos, oh Talía,
Al hondo valle, á la ciudad nocturna
Do anciana estirpe venerable y pía,
Hundida en luto y sombra taciturna,
Con grande anhelo y ansiedad espía
El primer rayo de la luz diurna,
El cumplimiento del feliz mensaje
De rendir al Dios niño su homenaje.

No olvidan la señal... aquel portentoso...
Las aves de múltiples colores
Que allí tácitas cruzan por el viento,
Meciéndose entre arbustos y entre flores;
De repente, en unísono concento,
Semejante á una orgía de ruiseñores,
Trinaron todas por la vez primera,
Y todo el reino gemidor se altera.

Con mente atenta y vigilante oído,
Oyó asombrado el repentino canto
Aquel pálido pueblo encanecido;
Y, saliendo por grados de su espanto,
Recuerdan ese rasgo conocido
Que dióles como prenda el ángel santo;
Y al ver llegado el venturoso día,
Do nuevo desbordóse su alegría.

En un inmenso aplauso prorrumpieron,
Y aquella antigua gravedad austera,
De gozo henchidos, otra vez rompieron,
Sin que al límite nadie se tuviera;
Y al mismo tiempo iluminarse vieron
Toda en reedor la pálida pradera,
Y un ángel de bellísimos perfiles
Bajar de los olímpicos pensiles.

Brilló en su diestra, ponderosa llave
Que, aplicada á la hueca cerradura
De enorme puerta, con impulso suave
Giró sin ruido, y la gran boca oscura
Se abrió del reino en que el dolor no es grave,
En que muerte sus triunfos no asegura.
Toda agolpóse, aunque perpleja, incierta,
La muchedumbre, á la espaciosa puerta.

Pero el Angel de enérgico semblante
Sólo el paso franqueaba, no vedado
Al laurífero coro altisonante,
Y á aquellos cuya savia ha alimentado
De José la gran Vara exuberante:
Mas á los otros el guardián alado
Anima con enfáticos acentos
A esperar los ya próximos eventos.

Abrumadas de serias reflexiones,
Evocando recuerdos tumultuosos,
Van subiendo esas cien generaciones,
Por torcidos meandros angulosos,
De la tierra á las plácidas regiones,
En pos de los destellos luminosos
Del Angel mensajero que rompía
Aquella sombra perezosa y fría.

Ya las estrellas en el alto cielo,
Cual vivaces pupilas centellaban;
Cuando, á través del tenebroso suelo,
A la terrestre atmósfera llegaban
Aquellas turbas, que el pesado hielo
De tantos siglos sobre sí llevaban:
El fresco ambiente, el cielo de zafiro
Les arrancó del pecho hondo suspiro.

Pintábase en su rostro, todo junto,
Júbilo y estupor; aquella calma
Da la madre natura, aquel conjunto,
De emociones tan raras henchía su alma,
Que humana lengua no dará un trasunto.
Todos, firmes en pie, como alta palma,
Habrían pasado aquella noche entera,
Si el Angel esos grillos no rompiera.

Blanca nube gentil los fué envolviendo
Y, al blando soplo de la amable brisa,
El aire ennegrecido iban hendiendo;
Y, aunque todo entre sombras se desliza,
Los párpados rotundos vãn abriendo
Por conocer la tierra escurridiza:
Y, ya al tocar su término la noche,
Llegó á Salém el vaporoso coche.

Nombrada por sus verdes olivares,
Próxima se elevaba una colina:
Este sitio á las turbas seculares
El conductor alígero destina,
Mientras el Astro se cuelga sus collares,
Y la púdica Madre se encamina
Al templo, con el Párvulo en la diestra,
Y la ofrenda legal en su siniestra.

El zeñiro triscando ya anunciaba
Ese présago día, y la impaciencia,
El delirio febril se redoblaba
En la grave y añosa concurrencia,
Que los instantes trépida contaba:
Más y más crece el aura en transparencia,
Se van los horizontes ensanchando,
Y las arduas montañas empinando.

Entretanto los sórdidos vestidos
Y los rostros escuálidos, rugosos,
Por tan largas edades consumidos,
Van sintiendo los toques misteriosos:
De invisibles artistas, escondidos
Del aire entre los pliegues vaporosos;
Y, de repente, sin perder su forma,
Todo el antiguo pueblo se transforma.

Mas ya empieza una sorda vocería,
Como el fragor de tempestad lejana,
A resonar por la colina umbría
Al acercarse la feliz mañana;
Sacúdense, entre ronca algarabía,
El olivar: aquí una barba cana,
Allí asoma una lengua cabellera,
Y ojos abiertos á acechar, doquiera.

Allá por entre el monte... por el valle...
Por el angulo azul de la enramada...
¡Ved! es aquel de una doncella el talle...
Se acaba de perder en la hondonada...
Surge otra vez... se aviva aquel detalle...
Parece que en su diestra replegada
Un parvulillo estrecha... ¡oh qué semblante!
¡Qué nimbo la circunda tan radiante!

En medio de arrebatos extremosos
Murmura así la anciana muchedumbre
Con acentos cortados, afanosos;
Un momento después, tras densa liana,
Complicada con juncos espinosos,
Se había esfumado, cual visión lejana,
Y otra vez, ya de cerca, aparecía
Modesta y hermosísima María.

Al verla entonces fúlgida acercarse
El exótico pueblo, ya no pudo
En sus ígneos transportes refrenarse:
Se precipita con impulso rudo,
De la Virgen al pie corre á postrarse,
Y quédase después perplejo, mudo,
Estático, mirando tal portento,
Tanta grandeza en tanto abatimiento.

Mas luego, de su asombro recobrada,
La gran turba en dos alas dividióse;
En el centro á la Madre inmaculada
El sitio más honroso designóse;
Y la escuadra laurígera, ordenada
Con paso grave al templo encaminóse,
Y, en medio de grandiosa melodía,
“¡Hosana!” al Hijo de David, decía.

“¡Bendito aquel que de la azul esfera
En nombre del Señor ha descendido!
¡Oh fuerte Sabaot, en quien espera
Israel su rebaño preferido!
Porque ya visitarlo le plugiera,
Y el yugo quebrantar que lo ha oprimido:
¡Oh reyes! arrancad vuestros quiciales,
Y elevaos ¡oh puertas eternas!

“¡De la gloria el gran Rey, solemnem
Entre ya de su corte á la morada!
Este Rey de la gloria es el potente
Indómito caudillo, cuya espada
Rayos fulmina en el combate ardiente;
Es aquel cuya diestra, no cansada,
Obra las más insignes maravillas.”
Así las dos melódicas cuadrillas,

En armonioso coro salmodiando,
Ya del santuario al pórtico grandioso,
Al vasto intercolumnio van llegando.
Entonces el cortejo esplendoroso,
Las gradas del vestíbulo ocupando,
De nuevo en un «hosana» vigoroso
Rompió con emoción, al mismo instante
Que la Real Madre con el divo infante,

Por el primer peldaño el pie movía;
Y nubes de coronas y guirnaldas,
Que el olivo y laurel entretejía,
Caen en tropel por las virgíneas faldas;
Y la estirpe real, con gallardía
Sus diademas radiantes de esmeraldas,
Con un sonoro retintín arroja,
Y del ebúrneo cetro se despoja.

Súbito el vasto templo estremeciósse,
De su Señor sintiendo la presencia;
La inmensa puerta por sí misma abriósse;
Grave anciano, de nítida inocencia,
A la edad substrayéndose, veloce
Hacia el niño se lanza con vehemencia,
De los brazos maternos lo desata,
Y con trémula diestra lo arrebatá.

E, inundado su espíritu y su mente
En los raudales de énfasis divino,
Exclamó en alta voz: "¡Oh Dios clemente!
Deja que este cansado peregrino
Su jornada aquí rinda finalmente:
Cumpliste tu palabra, mi destino
Cumplí también: pues estos mismos ojos,
Envuelto en los frágiles despojos,

"Hoy ven al Salvador, que Tú mandaste
Y que Tú mismo á las generaciones
Por proféticos labios anunciaste,
Para que él ilumine á las naciones,
Y á tu pueblo Israel, que siempre amaste,
Llene de gloria y de celestes dones.
Entonces al real Párvulo bendijo,
A la púdica Madre, y así dijo:

"¡Para cuántos, oh Virgen, tu hijo amable
Fuente será de sempiterna vida!
Mas también una turba innumerable,
Del gran rebaño de Israel nacida,
Tendrá en él una ruina irreparable;
El será la alta meta perseguida,
El blanco mismo en que serán clavadas
Enconosas saetas disparadas.

"Terrible espada sobre tu cabeza
Suspensa miro, que de tu alma pía
Destrozará las fibras con fiereza;
Y, en luz venciendo al luminar del día,
Romperá de las sombras la maleza
Que á muchos hoy de la verdad desvía;
Así el Cisne cantó, ya moribundo,
Y el último durmió sueño profundo.

Una figura surge, que arrogante
Entre el coro profético campea:
Parece que en su frente rutilante
Con ímpetu circula y centellea,
Y enciende su mirada pènetrante
La celestial inspiración febea.
Es el vate de Sión; ha ya empuñado
Su laúd, por los siglos coronado.

Oid su canto: "Salve, ¡oh Rey eterno!
Que de tu trono excelso descendiste,
Y humana carne, parvulillo tierno,
¡Oh sangre de mi sangre! ya te viste.
Tú de las fauces del segundo Averno,
Tu triunfo á celebrar, nos extrajiste
Hoy que, entre el suave olor del incensario,
Entras en posesión de tu santuario.

"¡Oh cuán suave, cuán dulce refrigerio
Nos obliga á olvidar nuestros dolores!
Hoy, por fin, vemos de tu amable imperio
Los primeros bellísimos albores;
Y, al romperse este largo cautiverio,
El tuyo va á empezar . . . de tus amores.
Tú eres el Grande, el Fuerte, el Soberano;
Tú el gran Reparador del sér humano.

"Toda por tí se exalta y engrandece
Nuestra lánguida estirpe moribunda,
Y con tales destellos resplandece,
Que el universo en su fulgor inunda.
Mas si tanto ella se alza y ennoblece,
Es porque tú has llegado á la profunda
Sima de la abyección; en tí más tarde
Un inmenso dolor va á hacer alarde.

"De tus conquistas ese gran trofeo
Con sangre, de tus venas deramada,
Todo se ha de teñir: ¡oh cuál te veo!
¡Tu faz, tu hermosa faz! ¡oh cuán trocada!
¡Pareces del dolor el corifeo!
¡Oh santo cielo! ¡oh culpa inoculada!
¡Oh cuán grande dolor, cuánta amargura,
Cuestas á un Dios, oh mísera natura!

"¡Huye, entretanto, oh Párvulo divino,
Huye real Virgen! Tempestad violenta
Va á desatar rugiente torbellino:
Una fiera terrible está sedienta
De la sangre de un Dios; toma el camino
De aquel país que nube turbulenta
Jamás entolda, donde va entre lotos
Regando el Nilo los tendidos sotos.

“Ya creará tu enemigo que en su presa
Hinca la garra, y cantará victoria;
E ignora el temerario que ya cesa
Su prestigio, y se trueca en vil escoria,
Y que á erigirse en el dēstierro empieza
El pedestal más alto de tu gloria.
Tú, sin lenguaje aún, eternamente
Harás callar al Erebo potente.

“Sus delubros sangrientos, sus altares
Al polvo rodarán en mil astillas;
Sus torpes simulacros seculares,
Que del arte pregonan maravillas,
Vil ludibrio serán en muladares;
¡Y tú envuelto estarás entre mantillas!
La verdad, á la par que la hermosura,
Preséntase, y del triunfo está segura.”

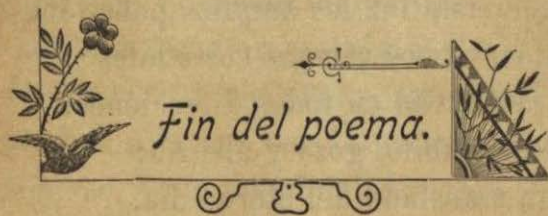
Así cantó David del arpa de oro
En torrentes de grata melodía;
Y, al responder el lauréado coro,
Los religiosos ámbitos henchía.
Creciendo va la pompa y el decoro
De ese solemne memorando día;
La ovación más espléndida y preclara
Al humanado Verbo se prepara.

De mil colores irisadas nubes
Que el oro con la púrpura franjea,
Aparecen orladas de querubes,
E invaden esa mole gigantea;
Ejércitos de alígeros impubes
Por los vastos espacios aletea,
Sus laudes y cítaras tañendo,
Y giros caprichosos describiendo.

El incienso se eleva en espirales
A las combas arcadas y artesones,
Inunda con pletóricos raudales
La increada luz los amplios pabellones;
Cantos, ritmos y notas celestiales
Vibrando van en todas direcciones;
Todo es júbilo, gozo y alegría;
Es un traslado del eterno día.

Se cimbran y se chocan de repente
Las cúspides del templo; un sonoro
Rayo retumba por el sacro ambiente
Anunciando que llega el poderoso,
Gran Principio; su gloria inmensamente
Llena el almo recinto majestuoso,
Y, entre un nimbo de luz, bate sus alas
Blanca Paloma de divinas galas.

Una voz como el trueno ha resonado;
 Habla el Rey de las célicas milicias:
 "Mi Unigénito es éste, mi Hijo amado,
 Es mi Verbo, mi amor y mis delicias;
 En El desde «ab aeterno» he concentrado
 De mi amor infinito las caricias:
 ¡Mortales, escuchadlo! El solamente
 Es de vida y verdad la eterna fuente.



FE-DE ERRATAS

CANTO I

DICE	DEBE DECIR
pretenden	<i>preteudan</i> (oct. 1 pág. 5 v. 8.)
guiarse	<i>güiarse</i> (oct. 3 pág. 9 v. 8.)
grandeza	<i>nobleza</i> oct. 2 v. 3 pág. 24.

CANTO II

ancias	<i>ancias</i> oct. 1 v. 3 pág. 24.
(Un mensaje el más noble)	<i>Un mensaje el más noble</i> oct. 3 v. 2 pág. 47.
ha ser	<i>ha de ser</i> oct. 2 v. 2 pág. 54.
joya	<i>joya</i> ; oct. 2. v. 1 pág. 55.
aves, en su nido	<i>aves en su nido</i> , oct. 3 pág. 56v. 7.
arena	<i>arenosa</i> oct. 3 pág. 70 v. 8.

CANTO III

venas arterias	<i>venas y arterias</i> oct. 1 pág. 91 v. 5.
----------------	--

CANTO IV

aguarda que	<i>aguarda ansiosa que</i> oct. 3 v. 3 pág. 116
rosando	<i>rozando</i> oct. 2 v. 2 pág. 119.
vehemente.	<i>vehemente</i> oct. 2 v. 8 pág. 122.
pristinas,	<i>purpúreas</i> oct. 3 v. 8 pág. 124.
algarrobo abriendo,	<i>algarrobo, abriendo</i> oct. 1 v. 5 pág. 125.
alberge	<i>albergue</i> oct. 1 v. 7 pág. 125.